

ALFAGUARA

ARTURO PÉREZ-REVERTE

Los barcos se pierden en tierra

376 páginas / 18 euros



Los mejores artículos relacionados con el mar escritos por Arturo Pérez-Reverte desde 1994 a 2011, reunidos en un solo volumen.

El autor

Arturo Pérez-Reverte (Cartagena, 1951) fue reportero de guerra durante veintiún años y es autor, entre otras novelas, de *El húsar*, *El maestro de esgrima*, *La tabla de Flandes*, *El club Dumas*, *Territorio Comanche*, *La piel del tambor*, *La carta esférica*, *La Reina del Sur*, *Cabo Trafalgar*, *El pintor de batallas*, *Un día de cólera* y *El asedio*; y de la serie histórica *Las aventuras del capitán Alatriste*. Es miembro de la Real Academia Española.

La obra



*Navegar por el
Mediterráneo es
hacerlo por la
propia memoria.*

Los barcos se pierden en tierra

*

Casi un centenar de los mejores textos de Arturo Pérez-Reverte sobre su gran pasión: el mar.

Los barcos se pierden en tierra ofrece no sólo un insólito goce náutico sino una aproximación iluminadora a la personalidad y el mundo del escritor a través de la que quizá sea la mayor de sus pasiones.

“En cierta ocasión vi un barco fantasma. Tienen ustedes mi palabra de honor.”

“Escribo con tanta libertad que me sorprende que me dejen.”

Presentación

El mar restalla en las cuartillas que tengo sobre la mesa y que el viento agita blancas como penachos de espuma. Son las páginas de *Los barcos se pierden en tierra*, este libro que recoge textos y artículos de Arturo Pérez-Reverte sobre mares y marinos, varios de ellos bien conocidos de los que le seguimos, otros inéditos. La mayoría procedentes de ese espacio tan refrescante y contumaz que es su colaboración en el *XL Semanal*, «Patente de corso». Ahora todos juntos componen una poderosa y homogénea escuadra que ofrece no sólo un insólito goce náutico sino una aproximación iluminadora a la personalidad y el mundo del escritor a través de la que quizá sea la mayor de sus pasiones.

En esta gozosa travesía encuadrada hay pasajes de un conmovedor lirismo, como el relato de la primera vez que el autor observó una ballena; episodios de gran ternura, como el de su hija nadando entre delfines; melancólicas estampas de puertos; o, en el otro extremo, están los textos hilarantes del Pérez-Reverte iconoclasta, gamberro y cachondo. Las bromas a costa del brazo de Nelson, las diatribas contra los ingleses o los domingueros del mar, las motos de agua y los pijoyates.

Pasen la página y disfruten de cómo sopla el viento en las jarcias, bajo las estrellas.

Jacinto Antón

Prólogo de Jacinto Antón

“Sopla el viento en las jarcias, bajo las estrellas”

Escribo tierra adentro, rodeado de árboles y del canto de los pájaros, pero embriagado por el olor del salitre y el aroma evocador de las aventuras marinas. Una ardilla salta audazmente en una jarcia de ramas. El mar restalla en las cuartillas que tengo sobre la mesa y que el viento agita blancas como penachos de espuma. Son las páginas de Los barcos se pierden en tierra, este libro que recoge textos y artículos de Arturo Pérez-Reverte sobre mares y marinos, varios de ellos bien conocidos de los que le seguimos, otros inéditos. La mayoría procedentes de ese espacio tan refrescante y contumaz que es su colaboración en el XL Semanal, «Patente de corso». Ahora todos juntos componen una poderosa y homogénea escuadra que ofrece no sólo un insólito goce náutico sino una aproximación iluminadora a la personalidad y el mundo del escritor a través de la que quizá sea la mayor de sus pasiones.

Me siento, lo confieso, bastante impostor pergeñando estas líneas de avanzadilla al lobo de mar. A diferencia de Arturo, no soy marino. Es más, temo al mar. «No te arrugues, Jacinto», me parece escuchar la voz de Arturo. «Sólo los imbéciles no temen al mar.» Es cierto Arturo, pero yo lo temo como

no lo temen los marinos, como no lo temes tú. Lo temo mucho, sólo con verlo; lo temo por su irrevocable inmensidad, por su alevosa inconsistencia, por su insondable profundidad. Lo temo porque no hallo en él nada a lo que aferrarme, ninguna certidumbre y sobre todo ni la más mínima piedad (hacia mí). Lo temo porque se parece tanto a la vida.

¿Qué hago entonces en esta singladura?, se preguntarán. ¡Vaya mascarón de proa te has buscado, Arturo! Bueno, estoy aquí porque, aparte de algunas circunstancias fortuitas como haber conocido bien a Patrick O'Brian —una vez sostuve su arpón mientras él meditaba si escupir su whisky sobre el filo o sobre mí— y ser de familia de marinos de guerra —mi abuelo murió en el mar a bordo de un portaaviones, lo que confirma todos mis temores—, paradójicamente amo el mar. Lo amo como idea y como territorio a surcar por otros.

Como literatura. Soy, digámoslo así, un marino de papel. De los que navegan por persona interpuesta: llámadle Ismael, o Joshua (Slocum), o dos veces Jim —Tuan y Hawkins— o dos veces Jack —Aubrey y Sparrow—, o ya que estamos, dos veces Arturo (Gordon Pym y el que nos ocupa). O Coy.

Algunos de los mejores momentos de mi vida los he pasado en el mar. Y no me refiero a mis periódicas singladuras en Transmediterránea, patéticamente aferrado a Conrad junto a los botes salvavidas o aquella única, inolvidable ocasión en que atravesé el mar a vela excepcionalmente sin miedo porque me embargaba el único sentimiento mayor, el que todo lo vence. No, me refiero a lo mucho que he navegado en los incomparables océanos de la lectura. Las páginas que siguen abundan en esos entusiasmos que me enorgullezco en compartir con Arturo. Yo aquí, con el sable de abordaje en la boca, un cabo en la mano y la Jolly Roger ondeando siniestramente feliz sobre mi cabeza —aunque bien a salvo leguas tierra adentro— me proclamo, me reivindico, no sólo marino sino incluso atrevido corsario, pirata de la Hispaniola, amotinado de la Bounty, arponero del Pequod, gaviero de la Surprise, arcabucero de la Real, dotación de presa del Atlantis, artillero del HMS Ulises y remero del rey de Ítaca, el navegante primordial. Todo eso tengo en común con Arturo y sus Hermanos de la Costa. Aunque a la hora de la verdad yo navegaré siempre en el Patna, anegado de miedo, y nunca dejaré de ser de los que en el bote de naufragos, ay!, sacan la pajita más corta.

Hay mucho mar, del de los libros y del de verdad —del que te ahogas, vamos— en las páginas que siguen. Hay sangre chorreando por los imbornales, Stevenson y Mac Orlan, y Justin Scott, y a la vez meteorología, borrascas perfectas, defensa del atún, medusas, aventuras con las lanchas aduaneras y capones a los marinos de agua dulce que exhiben calzado de moda en el pantalán. Y hay, claro, mucho Pérez-Reverte. Resulta interesantísimo ver cómo el agua marina se espesa con las pasiones y obsesiones de Arturo hasta devenir un Boveril de su universo. El mar esencializa su amor por la aventura y por la belleza indómita del mundo, su coraje y su sentido elevado de la amistad y del honor, su romanticismo y su humor, pero también sus nostalgias, tristezas y pesimismo —«el mar auténtico no interesa en España», deplora como un Larra marino—, su vehemencia, su bronca relación con lo que le disgusta, su cinismo y esa inexplicable misantropía rayana a veces en la crueldad que tanto nos asombra a sus amigos. En un texto llega a proponer que se torpedee a los balleneros...

En las navegaciones que van a leer hay pasajes de un conmovedor lirismo, como el relato de la primera vez que Arturo observó una ballena, en 1978 en el

Cabo de Hornos, y quedó conmocionado por «la belleza de aquel instante tan vinculado a mis lecturas y a mis sueños»; o cuando se vio rodeado de cientos de delfines durante una guardia nocturna al norte de Alborán —su momento más hermoso, dice, en el mar—. Hay incluso episodios de gran ternura, como el de su hija nadando entre delfines. Seré un blando, pero su historia del tío Antonio, el viejo capitán que le contaba cómo enfrentaba tiburones con cuchillo y a los piratas malayos en el estrecho de Malaca, me pone al borde de las lágrimas, al igual que sus desazonadoras y melancólicas estampas de puertos que exhalan entre norays y estachas un aliento evocador de mar denso y viejo. O los relatos iniciáticos de Paco el Piloto, el Long John Silver de Arturo. En el otro extremo están los textos hilarantes del Pérez- Reverte iconoclasta, gamberro y cachondo. Las bromas a costa del brazo de Nelson, las diatribas contra los ingleses o los domingueros del mar, las motos de agua y los pijoyates, y aquel momento de sutil crítica literaria en que lanza por la borda los ocho títulos de la serie de novelas marinas de Ramage —«chof, hicieron»— porque le mosquea la forma en que retratan a los españoles.

Se ríe mucho uno también con los artículos tan políticamente incorrectos, escritos con el colmillo, en los que el autor, hecho un Dragut, satiriza la posición del Gobierno en el asunto de los modernos piratas africanos — Apatrullando el Índico— o el tan demoleedoramente irónico sobre la verdadera causa del hundimiento del Mary Rose. Hay textos en que Arturo nos habla de sus fijaciones marinas y de sus fetiches. De esa madalena proustiana salada que son los boquerones del bar La Marina. De sus blue jeans y su chaqueta Lord Jim (ésa déjamela para mí, Arturo: tú nunca abandonarías el barco). De los clavos de un navío de Trafalgar que guarda —los he visto, con envidia— en una vitrina en casa. De sus maquetas. Del Graf Spee. Del Titanic, el célebre No era un barco honrado, a mi parecer (no se lo digan) algo injusto con el puñado de pasajeros de primera que se ahogó caballeramente.

En unas páginas nos explica cómo cualquier libro que encuentra a bordo de su barco y que no es de temática náutica lo condena inmediatamente a ser pasado por la quilla, a lo capitán Pigott o Bligh. Me temo que al no ser yo mismo de temática náutica me aguarde en el velero de Arturo un destino similar, o acaso la caída mojada o los azotes en el cabestrante, ¡san Fletcher Christian me valga! Un artículo precioso del tintinófilo marino que es Pérez-Reverte trata sobre Haddockmil- millones-de-mil-rayos y de cómo el otrora niño que lo adoraba se descubre en el espejo canas y arrugas que, lo que son las cosas, el vociferante capitán de las viñetas sigue sin tener. Otro, inolvidable, trata sobre los nombres de los barcos, y varios son loas a los hombres del mar. Hay homenajes a Alejandro Paternain, a O'Brian, a Rackman «el Rojo»... Y, cómo no, ajustes de cuentas: con el Museo Naval de Barcelona, con un mando chulesco de la Armada o con el pobre Henry Kamen. Entre las curiosidades, un singular canto a la tolerancia y la homosexualidad con vaporetto de por medio.

En otros escritos el autor nos descubre y reivindica episodios y personajes de nuestra historia naval: el pirata pontevedrés Benito Soto, el mutilado almirante Blas de Lezo, el valiente Enrique Moreno Plaza, enfrentado a los cañones del Canarias, o el corsario Antonio Barceló, que capturó al arma blanca un jabeque argelino mucho antes de que nuestro querido Jack Aubrey hiciera lo propio al mando de la Sophie. Su texto sobre el último combate de la escuadra del almirante Cervera en Cuba vale por todo un libro.

Entre lo mejor de esta gozosa travesía encuadernada, El doblón del capitán Ahab, reivindicación de la literatura de aventuras que transcurre en el mar, y el antológico Una caza sin cuartel, que nos muestra cómo da vida Arturo a sus fantasías marineras y que —el ejemplo épico cunde— a mí me llevó no hace mucho a robarle la bandera a un barco inglés fondeado en Menorca. Destaco también de la recopilación El misterio de los barcos perdidos, porque a ver quién no ha soñado nunca con poder escribir algo que comience: «En cierta ocasión vi un barco fantasma»... Pasen la página y disfruten de cómo sopla el viento en las jarcias, bajo las estrellas.

Jacinto Antón

Extractos de *Los barcos se pierden en tierra*

“Yo me enamoré del Servicio de Vigilancia Aduanera (SVA) para toda la vida.”

“El nuestro es un país de los buenos vasallos siempre fieles, siempre traicionados, que nunca encuentran buen señor.”

“Me gustan los puertos viejos y sabios, tal vez porque nací en uno de ellos.”

“Cuando entro a un museo, sea español, francés, inglés o austriaco, no voy de visita, sino a mi casa. A buscar mis propias huellas en los objetos que han logrado salvarse del naufragio de los siglos.”

“Vivimos en un tiempo en que, como ocurre con todos aquellos otros tejanos descoloridos y falsos, hasta la memoria nos la convierten en mercancía postiza, de diseño, artificialmente envejecida empaquetada como un producto.”

“Años después, Miguel de Unamuno escribiría: «*Cuando en España se habla de cosas de honor, un hombre sencillamente honrado tiene que echarse a temblar*».”

“Aún era muy jovencito, en esa época en que los relatos de naufragios, para alguien que ama el mar, quedan impresos en la memoria para siempre.”

“Ojalá esta pobre España ágrafa y brutal, patio navajero y ruin, de toque de corneta, sable y paredón, a la que ni siquiera el diseño moderno logra barnizar el alma negra, hubiera tenido miles de hombres como éstos [que saben mirar al pasado con lucidez y esperanza] en los palacios, en los castillos y en los cuarteles, en las capitánías generales y en los puentes de los barcos.”

“Yo escribo porque contando historias me lo paso de puta madre; para angustias creativas y recherches de l’inspiration perdú vaya y pregúntele a uno de esos que viven de los suplementos literarios y del cuento sobre la obra maestra que en realidad, criaturitas, no escriben porque no quieren. Yo sólo le doy a la tecla: sujeto, verbo, predicado, planteamiento, nudo y desenlace. Una vulgaridad. Un simple Tusitala de infantería.”

“Me refiero a Ulises, rey de Ítaca, el de los muchos caminos. Viajo con él desde que lo traduje línea a línea, en el pupitre del colegio. Lo conozco, y gracias a él me conozco a mí mismo (...). En Ulises y en su aventura descubrí de modo consciente, por primera vez, todos los elementos que nutren la literatura de aventuras y también la vida misma; tal vez porque son los que reinan en el corazón y en la memoria del ser humano.”

“Que los malos siempre ganan la batalla, y que el único sistema para no despreciarte a ti mismo como cómplice consiste en escupirles exactamente entre ceja y ceja, y de ese modo estropearles, al menos, la plácida digestión de lo que se están jalando.”

“Un atardecer de esos que justifican o confirman un día, un verano o una vida: muy lento y tranquilo, el sol entre una franja de nubes bajas, y toda esa luz rojiza reflejándose con millones de destellos de agua.”

“Pese a la modernidad, a los satélites y a todas esas cosas, el mar sigue siendo lo que siempre fue: un mundo hostil, de una maldad despiadada, del que los dioses emigraron hace diez mil años.”

“[Paco el Piloto], el marinero que en el Cementerio de los Barcos sin Nombre me dio el primer cigarrillo y dijo que los hombres y los barcos deberían hundirse en el mar antes que verse desguazados en tierra.”

“Alejandro Paternain no era de éstos, sino de los otros: Stevenson, Conrad, Melville, O’Brian. Ya saben. Los hermanos de la costa.”

“La ley del Barco Fondeado, por ejemplo, se cumple con rigor extremo. Podríamos formularla así: cada vez que te encuentras fondeado con un velero en una costa desierta y de varias millas de extensión, el siguiente barco que fondee lo hará exactamente a tu lado.”

“Sopla el viento en la jarcia, bajo las estrellas. Recortada sobre la costa adivino la silueta del otro velero, que bornea fondeado cerca, y pienso que su patrón me recordará como yo a él: un barco a oscuras en el mar, una sombra negra y algunas palabras. Entonces sonrío en la oscuridad. No es una mala forma, concluyo, de que lo recuerden a uno.”

“Navegar por ese mar venerable [el Mediterráneo] es hacerlo por la propia memoria.”

“No hay como mirar atrás para comprender lo que somos. Para asumir que en esta infeliz tierra poblada por algunas personas decentes y por innumerables sinvergüenzas, no ocurre nada que no haya ocurrido antes.”

“Decía Joseph Conrad que la mayor virtud de un buen marino es una saludable incertidumbre.”

La colección de artículos prologada...

Patente de curso (1993-1998)

“De los artículos de Pérez-Reverte se puede disentir, se puede discrepar absolutamente, se pueden asumir o no sus postulados. Lo que no se puede discutir es su honestidad salvaje con su propia cosmovisión del mundo, su personal compromiso con un lector ante quien presenta de forma desnuda el universo que a todos nos rodea, tal y como él lo interpreta. En sus artículos expone abiertamente sus amores y sus odios, sus fobias, sus creencias, sus sentimientos: todos esos postulados que van dibujando su personal visión de la vida, su particular tabla de salvación en este mundo de naufragos que describe en sus artículos. (...) Y siempre es bueno saber que en algún lugar hay alguien a quien se puede acudir cuando uno está desconcertado y perdido como esa adolescente a quien ha abandonado su primer novio y ha perdido para siempre la inocencia.”

JOSÉ LUIS MARTÍN NOGALES

Con ánimo de ofender (1998-2001)

“Empezó en 1991. Al principio fue de forma dispersa, pero a partir del mes de julio de 1993 aquello se hizo costumbre. Todos los domingos Arturo Pérez-Reverte publica desde entonces un artículo en las páginas del suplemento El Semanal (...) Los artículos de Pérez-Reverte incorporados a este nuevo libro tratan de poner orden sobre aquello que se va, sobre los sucesos cotidianos, sobre el mundo difuso, inabarcable y a veces incomprensible en el que estamos inmersos. (...) En estos artículos Pérez-Reverte es testigo de ese tiempo de transición, de las batallas cotidianas, del desquiciamiento de unos, del esfuerzo heroico de otros, de la soledad de todos: como Quevedo en su época, como Larra, como Valle-Inclán. Los artículos son espejos de ese tiempo incierto y confuso, que es nuestro propio tiempo. Aunque no nos guste. Y eso no es malo ni es bueno. Es sólo una sabia verdad de Perogrullo: «Hay cosas que son como son, y nada puede hacerse para cambiarlas.»

JOSÉ LUIS MARTÍN NOGALES

No me cogeréis vivo (2001-2005)

“En los artículos de Pérez-Reverte suena el eco de todos esos acontecimientos. Los textos de este libro transmiten los latidos de un nuevo siglo, los temblores

de los seísmos cotidianos en una época agitada, el vértigo de un tiempo acelerado y con síntomas de desorientación. Porque estos artículos siguen siendo para el autor un medio para enfrentarse al mundo actual, para reconocerlo y para encararse con él cuando es preciso. Son una manera de explicar el mundo y de tratar de entenderlo. (...) Los artículos de Pérez-Reverte quieren ser también una explicación de la sociedad de nuestro tiempo, del largo y doloroso camino de la historia reciente, de la ruindad y la infamia que se manifiesta en muchas partes y de algunos atisbos de grandeza. Por eso en estos artículos están las sombras de una sociedad desconcertada y los claroscuros del pasado y toda la furia que reclama un presente gobernado en ocasiones por la estupidez. Estos artículos son un escaparate del mundo actual. ¿Qué va a encontrar el lector en este nuevo libro de artículos de Arturo Pérez-Reverte? La persistencia en la denuncia, desde luego, y bastante cabreo, ya lo he dicho, pero también unas dosis de humor y algo de afecto. Porque, a pesar de todo, en estos textos no está ausente la esperanza.”

JOSÉ LUIS MARTÍN NOGALES

Quando fuimos honrados mercenarios (2005-2009)

“Los artículos reunidos en este libro se han publicado durante un tiempo que ha pasado de la euforia económica al derrumbe. El siglo XXI se abrió con el entusiasmo de la expansión financiera, el crecimiento de la Bolsa, la fiebre inversora, las rentabilidades rápidas, los créditos fáciles y muchas recalificaciones urbanísticas. Tanta frivolidad derivaría pronto en una de las crisis más profundas de la historia reciente. En este tiempo, Arturo Pérez-Reverte ha seguido publicando artículos semanales, como ha hecho puntualmente desde hace casi veinte años. En ellos está el latido de las incertidumbres que han dominado la primera década del siglo. Algunos han resultado premonitorios. De eso trata este libro, decía al principio de estas páginas: de experiencias vividas y también de alguna pérdida. De los desgarros del tiempo y de la inocencia que se va quedando por el camino.”

JOSÉ LUIS MARTÍN NOGALES